

ARCHIVO HISTÓRICO



El presente artículo corresponde a un archivo originalmente publicado en **Ars Medica, revista de estudios médicos humanísticos**, actualmente incluido en el historial de **Ars Medica Revista de ciencias médicas**. El contenido del presente artículo, no necesariamente representa la actual línea editorial. Para mayor información visitar el siguiente vínculo: <http://www.arsmedica.cl/index.php/MED/about/submissions#authorGuidelines>

Pensamientos de Juan de Dios Vial Correa¹ en torno a los problemas éticos en ciencias e investigación²: Estatuto del embrión humano

¹Dr. Juan de Dios Vial Correa

Profesor Titular Facultad de Medicina y de ciencias Biológicas

Pontificia Universidad Católica de Chile

Presidente de la Pontificia Academia para la Vida

²Textos de Discursos pronunciados en la

Pontificia Universidad Católica de Chile

‘El pueblo que caminaba a oscuras vio una gran luz.’ Los que habitaban un país de sombra se inundaron de luz.

‘Creció tu alegría, aumentaste tu gozo’.

‘Porque nos ha nacido un niño...se nos ha dado un hijo.’ Estas palabras del profeta Isaías se refieren al nacimiento del Mesías. Pero pueden extenderse en cierta medida al nacimiento de todo hijo de Dios.

En cada niño recién nacido converge una larga sucesión de antepasados; es la culminación de un proceso de descendencia milenaria. Si uno solo de esos antepasados hubiera faltado, no estaría aquí este recién nacido: todos y cada uno han sido necesarios para él.

Nosotros sabemos que ese proceso es el desarrollo de un plan de Dios que llamó a ese niño por su nombre, lo insertó en la humanidad, para encomendarle una misión, una tarea. Y cada niño en quien culmina una larga serie de antepasados, es a su vez el comienzo, la inauguración de un nuevo amanecer: un hijo para la eternidad, un padre y un continuador de los antepasados para la humanidad. La sonrisa de un recién nacido es como la expresión de la alegría y la benevolencia de Dios, de Dios que renueva todo el tiempo su obra, que la perfecciona de continuo, que sigue creando.

No importa que se trate de vidas enfermas, disminuidas o dañadas. Toda vida humana tiene un significado de eternidad. La inmensa obra de Teresa de Calcuta se vio un día impulsada de modo decisivo por el encuentro con un pobre moribundo sumido en la miseria y el abandono en una cuneta de la calle en Calcuta. Cualquiera habría dicho que esa vida que se estaba terminando, era un fracaso. ¿Pero lo era realmente? Porque precisamente en el encuentro con ella, Teresa sintió fortalecer su inmensa vocación. La vida que no servía para nada estaba sirviendo para encender una llama de amor muy grande. Esa vida casi destruida era el instrumento en ese instante para una obra redentora gigantesca.

Si cada uno de nosotros piensa en su propia vida se encontrará con algo importante que le debe a los más humildes hermanos. Y hasta aquellos que nos parecían más inútiles, 67 nos han dejado alguna enseñanza, algún ejemplo, hemos visto en ellos alguna lección, han servido para que de alguna manera el espíritu de Dios nos moviera.

Ese tejido de solidaridad es el camino normal de la humanidad. El más grande de los matemáticos tuvo a alguien humilde que le enseñó a contar. El más fuerte de los hombres encontró a alguien débil y abandonado que le recordó su propia fragilidad y lo hizo más sabio. Nuestras vidas son en parte como un regalo de los demás hombres porque todas y cada una son un don de Dios.

Y como cada vida está llena de posibilidades para sí misma y para los otros seres humanos que la encuentren en su camino, es que cada nacimiento es una ocasión de júbilo, un motivo de gozo.

Se explica entonces que el comienzo de la vida humana sea un tema de tanto interés, que despierta un intenso deseo de conocerlo.

La historia personal de cada uno de nosotros empezó en un momento bien preciso y definido cuando el organismo que es cada uno de nosotros empezó a vivir con vida propia su propio desarrollo. Ese momento fue el de la fecundación de un óvulo por un espermio, el momento en que a partir de dos células de dos organismos diferentes, el del padre y el de la madre se originó una sola célula con su propia trayectoria de desarrollo.

Durante mucho tiempo esto no estuvo claro. La insuficiencia de los conocimientos científicos no permitía asegurar cómo empezaba un organismo, y se tejieron numerosas hipótesis sobre el papel que les correspondía a los elementos maternos y paternos. Pero al descubrirse la acción de las células sexuales, los gametos, en la fecundación quedó claro cuál era el rol de las células sexuales. En el momento en que ellas se juntaron empezó el nuevo organismo humano, el que somos cada uno de nosotros, empezó nuestra trayectoria vital, se empezó a hacer efectivo para nosotros el don de la vida. La historia personal de cada uno tuvo entonces un comienzo mínimo, callado, en el que inició su camino para el tiempo y para la eternidad. Antes de que se produjera la fusión de esas células, éramos a lo sumo una cosa imaginable. No estábamos ni siquiera en potencia. En el momento en que el organismo aparece, se empieza a desenvolver nuestra historia personal como una trayectoria que no conocerá interrupciones hasta la muerte.

Esto es en sí maravilloso. Pero la fe cristiana lo muestra bajo una dimensión todavía más brillante. Porque los hombres y las mujeres somos imagen de Dios. ‘Creó Dios al hombre –a su imagen y semejanza lo creó– varón y mujer lo creó’, dice solemnemente el Libro del Génesis. Ese embrión humano es imagen de Dios, destinado a una plenitud de semejanza con Él. Es importante recordar esto porque hasta el momento de nuestra muerte somos seres humanos en constante evolución, en cambio permanente. Dios no ha puesto su imagen en una cosa o en un concepto, sino en la vida siempre activa de un individuo biológico, de un organismo, del organismo humano.

La imagen de Dios no es entonces estática, inmóvil, fabricada: ella es dinámica movida siempre hacia la perfección de su existencia. Tampoco ha querido Dios que su imagen sea fuerte y dominadora, imperiosa, sino por el contrario que empiece como un embrión pequeño que pide acogida y protección –que pide ser reconocido por la humanidad–. El embrión no puede ciertamente hablar. Pero su sola presencia es como un lenguaje, como una palabra que exige e interpela a cada hombre y a cada mujer. Esa palabra les dice: aquí Estatuto del embrión humano

68 está otro. Distinto de ti, más joven e indefenso que tú, pero que está confiado a tu conciencia, tal como un día estuviste tú confiado a la de otros. Tal vez no me conoces, pero desde el mismo instante en que soy, me debes Justicia.

Cuando la Virgen María, encinta desde hacía pocas semanas llegó a visitar a su prima Isabel, ésta, iluminada por la fe le dice: ‘¿De dónde a mí tanto honor que la madre de mi Señor venga a mí?’. El Señor del que hablaba Isabel era un feto precoz. Ese es el Señor al que ella acepta, y no solo lo respeta y acoge, sino que se siente honrada por Él, por su visita.

La aparición de una ‘imagen de Dios’ es como una entrada de lo divino en medio de la creación. A cada hijo que se engendra, Dios lo ha llamado por su nombre, lo ha llamado a un cometido, a un destino particular y propio. Ese es el misterio que intuimos y que ha movido el interés de muchos sabios investigadores, que han intentado conocerlo mejor.

La muestra que hoy inauguramos recuerda lo que pensadores e investigadores ilustres han aportado al mejor conocimiento de este acontecimiento. Y si la muestra está bellamente ejecutada como podrán verlo es para corresponder a la nobleza de su objetivo.

La muestra es además muy oportuna. Al mostrar la realidad humana en los días más precoces de la vida, ella sale a su defensa. Nos dice que ese pequeño embrión tiene un ‘rostro humano’, nos está interpelando y está pidiendo por su propia vida.

Porque el conocimiento científico acumulado que se muestra aquí no se usa siempre para el bien. Esta es sin duda una de las grandes tragedias de nuestro tiempo, porque vemos como a diario crece la tentación de usar la ciencia, no para conocer ni para servir al hombre sino para manipularlo. Para nosotros lo primero es que el hombre es imagen de Dios. De ello deriva esa propiedad que han visto también tantos pensadores que no eran creyentes, que el hombre tiene una propiedad especial que llamamos su dignidad y que consiste en que no puede ser usado como instrumento para nada, es un fin en sí mismo, y es indigno del hombre aprovecharse de otro hombre o usarlo.

Sin embargo, para muchos hoy día, el hombre es principalmente una máquina, una máquina que se mueve a sí misma, un autómatas que no tiene ninguna especial dignidad más allá de la que él mismo pueda defender o de la que los otros hombres le quieran conceder. Y si el ser humano es una máquina sin dignidad propia, tarde o temprano vamos cayendo en que lo podemos manipular a nuestro antojo, degradándolo.

En treinta años hemos visto subir aceleradamente el nivel de degradación, por la aceptación de cosas y actitudes verdaderamente nefandas, que amenazan con destruir las bases de una vida social que merezca llamarse humana.

Incluso en este día de celebración, es bueno acordarse de esas cosas porque ellas sirven como para poner de relieve lo que estamos en riesgo de perder si no tenemos claras las cosas.

I. El ser humano se degrada por su indiferencia ante el aborto. Cada año se cometen millones de abortos. Tal vez unos cincuenta millones en el mundo. Cincuenta millones de vidas humanas que

son brutalmente cortadas, eliminadas. Las estadísticas muestran en países ricos y en países pobres que uno de cada tres embarazos termina en el aborto. No hay una plaga más cruel. Y sin embargo, ella es mirada en el fondo con indiferencia.

¿Dónde están las campañas de prensa, los programas de televisión, las medidas políticas o de legislación, las campañas educacionales, los intentos de mover masivamente a la opinión para salvar estas vidas, para promover su conservación, para mostrar su valor, para ayudar a las madres? Muy por el contrario, la gravedad del delito se disimula, se le encuentran justificaciones, incluso cunde como una infección por el mundo la idea de que la facultad de abortar es un derecho de la mujer, con lo cual no solo se transforma en homicidas a las madres, sino que se le da patente de legitimidad a esa cosa abominable de que la propia madre siegue la vida de su hijo. Se dictan leyes injustas que pretenden obligar a los profesionales de la salud, a hacerse cómplices del aborto. Así se liquida en incontables veces el fruto promisorio de la concepción, el punto de término del amor de generaciones, el punto de inicio de un nuevo proyecto. La aceptación del aborto significa la aceptación de un odio mortal o de un implacable desprecio al inocente.

II. El ejercicio del sexo significa para hombres y mujeres la puesta en práctica de la capacidad maravillosa de generar nueva vida. El ser humano se degrada si le quita al propio sexo esta condición de dignidad y responsabilidad. Esa gigantesca fuerza creadora queda como entregada al arbitrio y a la frivolidad. El resultado lo estamos viendo. Pablo VI advertía que no se puede separar la función unitiva de la vida sexual de su apertura a la generación de nueva vida. Eso es lo que se intentó hacer con la difusión masiva de la contracepción. Lo que estamos viendo es una búsqueda desordenada y a menudo pervertida de placer, en una sociedad cada vez más egoísta. Si el sexo sirve solo para gusto propio ¿Quién será el que pueda calificar de bueno o de malo el gusto ajeno? Y como resultado asistimos a una especie de revolución sexual sin sentido ni destino en los mismos países donde se ha frenado la natalidad hasta el punto de que se ven obligados a hacer importación masiva de mano de obra extraña creándose los más graves problemas sociales y políticos.

Pero si se desprecia la vida del feto, procurando el aborto incluso de fetos de término y de fetos perfectamente viables, si se desprecian las fuentes de la vida erigiendo en regla y en procedimiento normal el uso de contraceptivos, lo que se está despreciando es la propia vida humana. ¿Qué tiene entonces de raro que existan quienes se preguntan si no pueden disponer de la vida humana, si no pueden matar a los que se han hecho aparentemente inútiles por invalidez o enfermedad? Y está surgiendo el debate sobre el suicidio asistido, sobre la eutanasia, y hay países donde ocurre que se acepta que se procure la muerte de pacientes sin que estos hayan siquiera consentido a ello, o sea en que se empieza a justificar la supresión de vidas inocentes porque se las estima inútiles, países entonces en lo que está perdiendo todo su sentido de exigencia absoluta la palabra 'no matarás'.

Uno se pregunta cómo se ha llegado a esto. Aunque esta perversión del juicio todavía no ha golpeado con plena fuerza en Chile, no hay dudas de que nos amenaza todo el tiempo, y que la pregunta que tenemos que hacernos para evitar andar el camino que otros han andado es ¿cómo se llega a esto? La respuesta es que a esto se llega cuando se olvida o se niega que la vida de cada ser humano tiene una inviolable dignidad. Lo que significa que esa vida no puede usarse, no

puede servir de instrumento. Ella es un fin en sí mismo, un bien en sí mismo. Cosas que hay sobre la tierra pueden ser consideradas como fines o como medios. El ser humano, no. El es siempre aun el más incipiente y el más disminuido, un fin en sí mismo.

Sobre esto descansa la propia vida social, sobre la seguridad que tengo de que nadie me podrá usar como medio para nada, y que por lo tanto yo estoy obligado a no usar a ningún ser humano como medio para mis propios fines.

Esa es la enseñanza de la Iglesia, defensora de la dignidad humana, cuando dice el Concilio que el hombre 'es la única criatura terrestre a la que Dios haya querido por sí misma'.

Y cuando decimos, siguiendo la enseñanza de la Biblia, que el hombre es imagen de Dios, estamos dando la razón por la cual le atribuimos ese valor insuperable.

Por eso entendemos que la experimentación con embriones humanos es inaceptable, porque ella le niega toda dignidad al embrión transformado en instrumento en mano del investigador, sometido a un experimento y que muere en él. Por eso sostenemos que es inaceptable la práctica de la fecundación in vitro que deja embriones de sobra, destinados a morir. Muchos recordarán el escalofrío de horror cuando hace algunos años, en Gran Bretaña, por mandato de la ley debieron destruirse varios miles de embriones que habían sobrado en las fertilizaciones in vitro: seres humanos que estaban 'de sobra' y cuya presencia era de tal modo inquietante para la conciencia, que la ley prescribía matarlos. Y ahora vemos como se abre una nueva ruta triste de indignidad, al anunciarse la próxima fabricación de embriones por clonación para matarlos y sacar de ellos células que sirvan para injertos de tejidos. Fabricar embriones para experimentar en ellos y matarlos, fabricar embriones para matarlos y obtener de ellos células que les sirvan a otras personas.

Creo que hace veinte años nadie se habría figurado que íbamos a caer en este abismo de indignidad.

Y él se relaciona con el día en que se pensó que era legítimo dejar de lado la procreación y que era legítimo fabricar embriones por fertilización en probeta. Esos embriones pasaron a ser mirados como objetos de industria como productos de la técnica. Se olvidó enteramente que el ser humano tenía su dignidad porque era siempre imagen de Dios.

El proceso mismo de generación se degrada al transformarse en una producción de tipo técnico industrial en la fertilización in vitro en probeta, que culmina por ahora en la clonación destinada a fabricar embriones con el objeto preciso de matarlos y de aprovechar sus células. Pero nada de esto ocurre a causa de la ciencia. Viene por causa de la degradación inicial de considerar al ser humano como una simple máquina: su generación, su enfermedad, su muerte, su reproducción no son más que problemas técnicos.

Porque hay quienes intentan disculpar todos los extravíos diciendo que son causados por el progreso de la ciencia, y que como este es acelerado e inevitable, hay que aceptar cualquier cosa que nos traiga. Todo vale. Esto no es cierto. La ciencia es un medio formidable para enriquecer la mente del ser humano, para abrirle caminos de progreso y bienestar. No hay nada que sea más

hermoso que el conocimiento, y tampoco nada que sea más útil que él. Pero el conocimiento, la ciencia, son para el bien del hombre, para procurarle una verdad completa, una auténtica felicidad. Se puede usar mal de la ciencia.

Todo el siglo XX estuvo lleno de trágicos ejemplos. Pero se puede usar bien de ella. Se puede conocer mejor los secretos del universo, se pueden encontrar caminos para mejorar la vida humana. Para eso es necesario que la búsqueda del conocimiento, la investigación científica, se haga con plena conciencia de la dignidad humana y con la decisión de no comprometerla por ningún motivo. El saber ordenado al bien de la humanidad es el gran llamado que tenemos después de un siglo lleno de guerras y de horrores en muchos de los cuales la tecnología y la ciencia tuvieron una participación tan grande. Quisiéramos ver florecer otra cosa para la humanidad.

Y la esperanza de esa nueva floración está puesta en la familia y en la juventud.

En la familia porque ella es el primer sitio donde la persona humana despierta a su realidad. Allí educa sus afectos, sus emociones, allí aprende a convivir, aprende a respetar y a pedir el debido respeto, aprende a rezar. Entiende por primera vez el carácter positivo de los lazos que la ligan a sus semejantes próximos y lejanos, al mundo y a Dios. Una de las grandes riquezas culturales que conserva todavía nuestro país es esa noción de familia por la cual no nos sentimos sueltos y aislados en un mundo donde proceder a nuestro arbitrio, sino firmemente incorporados a la humanidad, a la de nuestros contemporáneos, nuestros antepasados y nuestros descendientes, a aquellos de quienes hemos recibido tantos bienes y a aquellos a quienes nos debemos ahora para que tengan una vida más bella.

La familia fundada en la sólida e indestructible base de una unión indisoluble es la mejor esperanza de un mundo más humano.

La juventud es la edad en que los hombres y las mujeres son capaces de los grandes y permanentes compromisos, en que se sabe de la riqueza de la vida y por lo mismo se es capaz de la alegría de entregarla. La edad en que se siente la plena responsabilidad por el mundo que viene y que va a ser el mundo suyo, el mundo de sus proyectos, alegrías y dolores. El momento de la vida en que uno sabe que puede poner algo de sí para que ese mundo que vivirá sea mejor.

No es raro entonces que los jóvenes y los que viven intensamente el compromiso familiar sean especialmente sensibles al misterio de la vida humana. De esa vida de la que nos dice Juan Pablo II que 'ella es siempre un bien'. Ellos han tomado en serio la enseñanza de la Biblia en el relato de la Creación que hace culminar la obra de Dios en la creación del hombre: 'Hombre y mujer los creó a su imagen y semejanza los creó', y que son capaces entonces de ver lo que oculta la más humilde vida humana, o sea el 'rostro del hombre' en el que resplandece la imagen de Dios.

Por eso es a ustedes a quienes en primer lugar se les ofrece esta exposición. Su nombre, 'El rostro humano del embrión', es una expresión rica en sabiduría, que está sólidamente afianzada en la investigación filosófica y antropológica, que interpreta sin distorsionar los datos más seguros de las ciencias biológicas. El 'rostro humano del embrión' es una frase que resume lo mejor que la razón nos enseña sobre el hombre, sobre el hombre viviente de quien decía san

Ireneo que es la gloria de Dios, sobre el hombre que, por un designio misterioso, es ‘imagen de Dios’.

Esta profunda verdad alcanzada por la fe y la razón fide et ratione, que nos habla de la intención misma de Dios al crear, tiene como todas las cosas de Dios anexo un encargo que nos reanima porque nos indica que para Dios toda la fuerza de los poderes del mundo de la opinión no será capaz de torcer ni detener su acción de salvación. En tiempos muy antiguos cuando el pueblo de Dios, pequeño entre los pueblos de la tierra, podía sentir con mucha fuerza la tentación de abandonar un camino difícil y conformarse a las naciones idólatras, recibió como apoyo la ley de Dios, y con ella estas palabras que son todavía hoy nuestro apoyo y nuestro ánimo: ‘He aquí que pongo delante de vosotros dos caminos, uno de maldición y otro de bendición, uno de vida y otro de muerte. Escoge la vida’.

Les reitero nuestra bienvenida a esta exposición y les deseo muy de veras que ella sea una fuente de saber y un motivo de un gozo que nos hable directamente del gozo trascendental de la concepción y nacimiento del Mesías, simbolizada en la aparición de cada nueva vida humana en la tierra, según la palabra del profeta: ‘Nos ha nacido un niño, se nos ha dado un hijo’, al mismo tiempo que un llamado al servicio y celebración de la vida.